

Introducción

Entre la enorme producción escrita sobre acontecimientos y procesos históricos locales, regionales y nacionales desplegada hasta la actualidad es más que una casualidad encontrar apenas unos escasos títulos sobre el anticlericalismo en España. Para hacer inoportuna una más significativa exploración de este conflicto social concurre al menos una circunstancia: el tema pudo no interesar a la mayoría de los escritores, ya que no encuadraba adecuadamente en los marcos de análisis de la política o la economía españolas. El anticlericalismo se entendió como un asunto marginal entre los de interés general --al igual que la intervención militar en el Estado--, quizá por una discutible observación de la política anticlerical como discontinua, obscurantista, de carácter espontáneo, al margen, en definitiva, de la política rutinaria. Incluso, pudo resultar algo vergonzante, pues por ser consustancial a un alto índice de violencia colectiva, se le consideraba el reverso de la modernidad/modernización/progreso.

Pero pensemos, por un momento, que la pretendida marginalidad del anticlericalismo es disparatada. Lo encontramos inmerso y es muy familiar a la mayoría de los principales episodios de la historia contemporánea española. El conflicto se emplea a fondo, por ejemplo, en los intersticios de las revoluciones del primer tercio decimonónico, con especial incidencia en el fragor de la guerra carlista, un pilar de los cambios políticos que se suceden en la primera mitad del siglo xix. El enfrentamiento entre clericales y anticlericales, con los gobernantes de por medio, se sitúa también en el centro de las disputas políticas que

orientan la nacionalización y la extensión de la política en la España de Alfonso XIII, cuando la política electoral y parlamentaria se dan la mano con el conflicto. Se vislumbran las luchas anticlericales de nuevo como núcleo de enfrentamientos rutinarios y bélicos en el comienzo y en el desenlace de la Segunda República, pues los motines de mayo de 1931 ocurrieron menos de un mes después del 14 de abril, y el asesinato masivo de religiosos en el verano de 1936, el momento de la hecatombe del Estado republicano. Por fin, los conflictos sociales durante el franquismo tienen la presencia constante de partidarios y estructuras de la Iglesia. Y quizá, las transformaciones del enfrentamiento anticlerical deslizadas por los años sesenta y setenta, colaboran, al morir Franco, al surgimiento de un régimen democrático, a la vez que el mismo conflicto se desvanece.

La elaboración de la colección de los ensayos que reúne el presente número de la revista AYER se sostiene, por tanto, en la importancia política del anticlericalismo, por lo menos al mismo nivel de relevancia que el más intenso de los conflictos, y en distintos períodos, al menos desde los inicios del siglo xix hasta el final de la dictadura de Franco.

En esta colección de estudios, el anticlericalismo se observa como un conflicto político, es decir, expresa un choque, una colisión de poderes, identidades, intereses, objetivos, rituales, símbolos... entre al menos dos partes; por eso, debe estudiarse a los religiosos y seguidores de la Iglesia, tanto como a sus adversarios, los anticlericales, así como también el marco y procesos políticos en el que se desarrollan las disputas, puesto que gobiernos, leyes, instituciones y administraciones civil y militar intervienen de forma frecuente y con calado.

Intervención, movimiento, movilización. En esta colección de estudios, el enfrentamiento anticlerical se expresa, sobre todo, a través de la acción de grupos. Si el anticlericalismo tuvo características y consecuencias dramáticas, y se reprodujo y extendió de una manera tan impactante, fue por la acción de unos y otros. Despliegue de acción colectiva, bien mediante el empleo y celebración de rituales —en los litúrgicos y de paso se centran numerosas presiones y colisiones—; bien por el uso y disputa de símbolos muy arraigados y trascendentales para una buena parte de la población, bien, por último, con la utilización de repertorios disponibles de acción colectiva, en unos casos de violencia suma pero ampliamente enraizados entre la población; en otros, a través de formas no violentas en consonancia con el resto de las confrontaciones sociales.

En lugar de exponer, en definitiva, lo que los protagonistas, desafiantes u oponentes, pensaron o dijeron —como el anticlericalismo ha sido fre-

cuentemente estudiado hasta ahora-, esta colección de trabajos publicados en la revista AYER, se prodiga en exponer lo que los protagonistas realizaron. Descubriendo las formas de acción que emplearon, sus movimientos, las identidades que construyeron, las redes de comunicación que los organizaron, así como las oportunidades que gozaron para actuar o dejar de hacerlo, será posible conocer y vislumbrar el conflicto anticlerical en la España contemporánea. Los autores de estas colaboraciones expresan estas preocupaciones de forma interesante y sabia.

Una publicación colectiva como ésta se encuentra repleta de aportaciones, ayudas, colaboraciones y ánimos, sin los que difícilmente llega al lector. De ahí mis eternas gracias en primer lugar a los autores de los diferentes textos por participar en este proyecto. Y por diversas circunstancias, a Paco Aguirre, Sebastián Bravo, Sisinio Pérez Garzón, Manuel Pérez Ledesma y Encarna Pitaluga.

Rafael Cruz